

VIRUS

26

O DEBATE DECOLONIAL TERRITÓRIOS

PORTUGUÊS-ESPAÑOL | ENGLISH

REVISTA . JOURNAL

ISSN 2175-974X

CC-BY-NC-AS

UNIVERSIDADE DE SÃO PAULO

INSTITUTO DE ARQUITETURA E URBANISMO

NOMADS.USP

WWW.NOMADS.USP.BR/VIRUS

DEZEMBRO 2023

NOMADS
USP



USP

VI 26

O DEBATE DECOLONIAL: TERRITÓRIOS THE DECOLONIAL DEBATE: TERRITORIES

EDITORIAL

- 001 O DEBATE DECOLONIAL: TERRITÓRIOS
THE DECOLONIAL DEBATE: TERRITORIES
MARCELO TRAMONTANO, JULIANO PITA, PEDRO TEIXEIRA, THAMYRES REIS, ISABELLA CAVALCANTI, CAIO MUNIZ

ENTREVISTA

- 004 UMA PERSPECTIVA DECOLONIAL PARA SUPERAR INSUFICIÊNCIAS
A DECOLONIAL PERSPECTIVE TO OVERCOME INSUFFICIENCIES
UNA PERSPECTIVA DECOLONIAL PARA SUPERAR LAS INSUFICIENCIAS
FERNANDO LUIZ LARA

ÁGORA

- 012 LA DIMENSIÓN ESPACIAL DE LA COLONIALIDAD: UNA PROPUESTA INTERPRETATIVA Y OTRAS VOCES IGNORADAS
THE SPATIAL DIMENSION OF COLONIALITY: AN INTERPRETATIVE PROPOSAL AND OTHER IGNORED VOICES
YASSER FARRÉS DELGADO
- 029 ÀS VEZES É FEIO, MAS TÁ NA MODA! POTÊNCIAS, ADIÇÕES E LIMITES DECOLONIAIS
SOMETIMES IT'S UGLY, BUT FASHIONABLE! DECOLONIAL POWERS, ADDITIONS, AND LIMITS
LEO NAME, TEREZA SPYER
- 041 HACIA UNA ONTOLOGÍA POLÍTICA DEL BUEN VIVIR URBANO
TOWARD A POLITICAL ONTOLOGY OF URBAN BUEN VIVIR
PILAR MARIN, ALDO ALOR, ISRAEL ORREGO-ECHEVERRÍA
- 050 A POÉTICA DA RELAÇÃO E AS CIDADES: PERSPECTIVA PARA UMA URBANÍSTICA DECOLONIAL
THE POETICS OF RELATION AND CITIES: PERSPECTIVE FOR A DECOLONIAL URBANISM
CARLOS HENRIQUE MAGALHÃES DE LIMA
- 059 FOSS, CARTOGRAFÍA, COLONIALISMO Y SOBERANÍA EN PARAGUAY Y EL SUR GLOBAL
FOSS, CARTOGRAPHY, COLONIALISM AND SOVEREIGNTY IN PARAGUAY AND THE GLOBAL SOUTH
JUAN CRISTALDO, GUILLERMO BRITZ, SILVIA ARÉVALOS, LISSANDRY RODRIGUEZ
- 087 A PAISAGEM NA CONSTRUÇÃO DO BEM VIVER: O NHANDEREKO NA CAPITAL PAULISTA
THE LANDSCAPE IN THE CONSTRUCTION OF GOOD LIVING: THE NHANDEREKO IN SAO PAULO STATE CAPITAL
LUCAS BUENO, FÁBIO GONÇALVES

- 102 ABORDAGENS DECOLONIAIS PARA PESQUISA EM PLANEJAMENTO URBANO
DECOLONIAL APPROACHES TO RESEARCH IN URBAN PLANNING
FABIANA SILVA, CINTIA ALVES, ISABELA SANTOS
- 118 EXPERIÊNCIA NO ALTIPLANO: FLÁVIO DE CARVALHO E A CIVILIZAÇÃO NUA DA AMÉRICA DO SUL
EXPERIENCE ON THE ALTIPLANO: FLÁVIO DE CARVALHO AND THE SOUTH AMERICAN NAKED CIVILIZATION
LEONARDO NOVO, LEONARDO SOUZA
- 127 1984: COLONIALISMO E DISTOPIA
1984: COLONIALISM AND DYSTOPIA
PAULA ALBUQUERQUE
- 136 PROSPECTANDO QUALIDADES RELACIONAIS ANTICOLONIAIS NA EDUCAÇÃO EM DESIGN
PROSPECTING ANTI-COLONIAL QUALITIES IN DESIGN EDUCATION
MARCO MAZZAROTTO, FREDERICK VAN AMSTEL, BIBIANA SERPA, SÂMIA SILVA

PROJETO

- 146 RUMO A UM DESENHO URBANO GENUINAMENTE LATINO
TOWARDS A LATIN-BASED URBAN DESIGN
CARLOS COSTA, CARLOS NOME

UNA PERSPECTIVA DECOLONIAL PARA SUPERAR LAS INSUFICIENCIAS
A DECOLONIAL PERSPECTIVE TO OVERCOME INSUFFICIENCIES
UMA PERSPECTIVA DECOLONIAL PARA SUPERAR INSUFICIÊNCIAS
FERNANDO LARA

Fernando Luiz Lara es Arquitecto, Magíster en Estudios Literarios y Doctor en Arquitectura. Fue investigador del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico. Hoy es profesor de la Universidad de Texas en Austin (EEUU). Tiene experiencia en Arquitectura y Urbanismo, con énfasis en Planificación y Proyectos de Edificación. Sus trabajos son, notadamente, en los siguientes temas: Arquitectura Moderna Brasileña, Diseño Arquitectónico, Enseñanza de Arquitectura, Modernismo Popular y Arquitectura. fernandoluizlara@gmail.com.
<http://lattes.cnpq.br/0377551611501503>

ENTREVISTA REALIZADA EL 6 DE DICIEMBRE DE 2023

Como citar este texto: Lara, F. L. (2023). Una perspectiva decolonial para superar las insuficiencias. Traducido del Portugues por Mario Vallejo. *VIRUS*, 26, 4-11. <http://vnomads.eastus.cloudapp.azure.com/ojs/index.php/virus/article/view/892>

Marcelo Tramontano: El debate decolonial ha ganado fuerza en varios ámbitos, sin limitarse a la academia, en un momento histórico en el que la idea de un mundo multipolar también parece ser más probable. En el medio académico, todavía se trata de una tema controversial, sobre el cual las opiniones varían en un amplio espectro. ¿Cómo ve usted ese interés por el debate decolonial en el momento actual?

Fernando Lara: Voy a contar un poco de mi trayectoria, sobre cómo llegué a este debate. Hace dieciocho años, en el 2005, volví a los Estados Unidos como profesor de la University of Michigan. En ese entonces, yo estaba preparando un libro, que era una derivación de mi tesis de doctorado, y me incomodaba la concentración geográfica de los ejemplos canónicos de historia de la arquitectura moderna del siglo XX en el Atlántico Norte. Dibujé un mapa (Fig. 1), basado en los libros en inglés más importantes de enseñanza sobre arquitectura moderna: el libro de Kenneth Frampton, el libro de Jean-Louis Cohen, que había sido publicado ese año, el libro de William Curtis y el libro de Spiro Kostof, que es ampliamente utilizado en los Estado Unidos. Spiro Kostof abarca cinco mil años de urbanización en el mundo, apenas utilicé los capítulos que tratan del siglo XX.

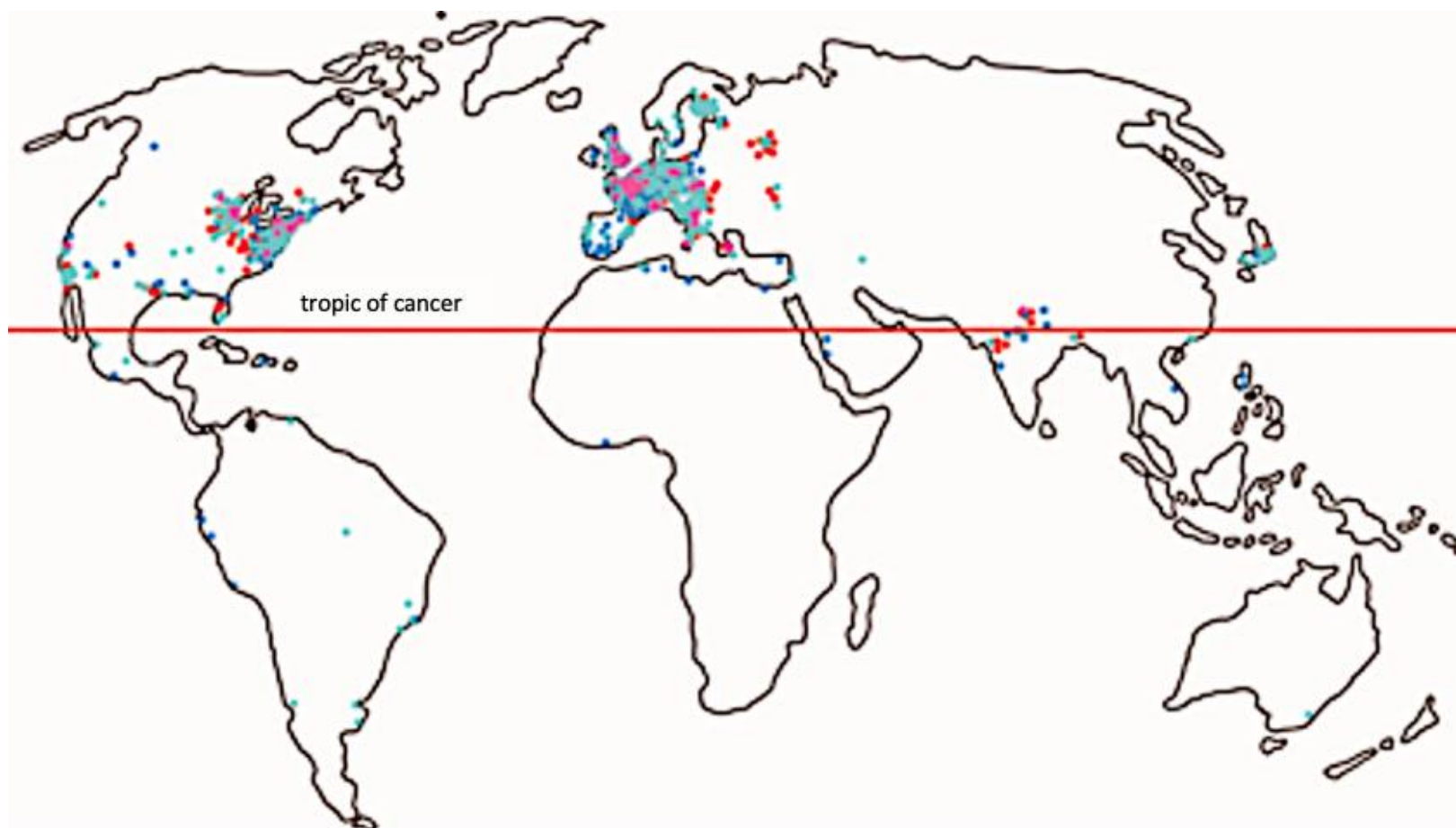


Fig. 1: Mapa mencionado por Fernando Lara. Fuente: F. Lara, 2005.

Con un punto en el mapa, marqué cada edificio mencionado en esos libros. Vi que su concentración en el Atlántico Norte era gigantesca. Por ejemplo, respecto a la Cortina de Hierro, claramente podía verse una concentración en Austria y Alemania, próxima a la frontera con Checoslovaquia, pero los libros ignoraban las manifestaciones de Checoslovaquia, Hungría y Rusia, porque estaban del otro lado de esa frontera geopolítica, creada después de la Segunda Guerra. Cinco años después, comencé a escribir el libro “Arquitectura Moderna en Latinoamérica” [*Modern Architecture in Latin America*], publicado en 2015 pero escrito desde el 2010, teniendo de antemano, como telón de fondo de mis reflexiones, aquellas constataciones del mapa. Me preguntaba cómo sería posible construir un discurso para entender la arquitectura de Latinoamérica y cómo debería ser ese discurso.

Al intentar escribir la introducción y la conclusión del libro, en el cual trabajábamos conceptos un poco externos a la arquitectura, comencé a leer a autores enfocados en Latinoamérica. Fue en ese momento que descubrí el grupo Modernidad/Colonialidad, que

se consolidó en Estados Unidos, en las Duke University y University of North California, con Walter Mignolo, Arturo Escobar y Enrique Dussel. Este grupo fue muy productivo en los últimos años del siglo XX y primeros años del siglo XXI. En esa literatura, encontré una serie de claves importantes, en especial, leyendo Anibal Quijano, un economista peruano que trabajó en la CEPAL [Comisión Económica para América Latina y el Caribe]. Quijano escribió un texto fundamental, en 1992, el año de la celebración de los 500 años de la llegada de Colón a las Américas, contraponiéndose a la idea de que las Américas participaron del desarrollo del capitalismo moderno. Para él, no existiría capitalismo moderno si no fuera por la ocupación europea a las Américas. Esto es un fuerte posicionamiento.

La lectura de los trabajos de Arturo Escobar fue otra revelación. Escobar escribió su tesis doctoral y la publicó alrededor de 1995, la cual leí casi veinte años después, entre 2013 y 2014. Él enlaza de manera muy sólida la cuestión de que la modernización y la colonización son dos caras de la misma moneda, inseparables, son una sola cosa: toda modernidad implica una colonialidad. Con estos dos axiomas principales, me vi obligado a revisar nuestra propia historiografía, la forma en que entendemos la arquitectura latinoamericana. Realicé una inmersión en esta literatura, que incluye a Ramón Grosfoguel, Gloria Anzaldúa, Denise Ferreira da Silva, entre otros, para entender la relación entre modernidad y colonialidad.

Este fue un punto de inflexión para mí porque fui formado en el DOCOMOMO [Comité Internacional para la Documentación y Conservación de edificios, sitios y unidades vecinales del Movimiento Moderno], inmerso en la exaltación de lo Moderno, un proyecto nacional que, en Brasil, se articuló con Lúcio Costa, durante el gobierno de Vargas, atraviesa los años del gobierno de Kubitschek y llega hasta los años del gobierno de Dilma. De repente, percibí varios grados de colonialidad inmersos en todo este proceso. Hay mucha literatura al respecto, como el libro de Lorraine Leu sobre lo que significó el desmonte del Morro do Castelo, en Río de Janeiro, a principios del siglo XX. El edificio más importante de la arquitectura moderna brasileña, el Ministerio de Educación y Salud, allá está, construido sobre los restos de un cerro desmantelado, donde vivía una comunidad afrobrasileña que fue expulsada. El propio proyecto de mi ciudad natal, Belo Horizonte, es un proyecto colonial expansionista que, en inglés, llaman *settler colonialism*. Crecí con la idea de que la historia de Minas Gerais comenzaba en 1697, al inicio de la explotación del oro, pero ya había gente viviendo allí hace cuatro mil años. ¿Dónde está esa historia? Ha desaparecido. Por tanto, a través de estas indagaciones y descubrimientos, llegué al debate decolonial.

Lo que más me agrada en este debate y mantiene mi interés en leer más, escribir más y seguir debatiendo es que la gran mayoría de sus ideas y conceptos nacen en América del Sur. Hay algunos intelectuales mexicanos y puertorriqueños, pero se trata de un pensamiento sudamericano. He encontrado colegas de una generación anterior, que se formaron dentro de las ideas marxistas, y que tienen una enorme resistencia a este discurso. Argumentan que la cuestión de la raza es una exageración, una moda estadounidense, o, como me dijo Jorge Liernur el año pasado en un seminario en México, que el debate decolonial es una imposición de la academia estadounidense y, por lo tanto, una colonización intelectual más. Mi respuesta es que esta comprensión puede estar correcta, hasta cierto punto, porque la academia estadounidense lidera este debate, pero no solo ella. Hay un pensamiento africano que se está articulando, un pensamiento asiático, que conocemos poco. Ya he encontrado personas de Singapur y China que están discutiendo formas de explicar el mundo desde el punto de vista de Asia, que seguramente no es el punto de vista europeo. Y también hay el importante hecho de que gran parte de los pensadores de este tema son sudamericanos, como Enrique Dussel, Arturo Escobar, Walter Mignolo, Gloria Anzaldúa y Ramón Grosfoguel, que es puertorriqueño. Veo algo en esto que proviene de una experiencia espacial de América del Sur.

En este proceso, también decidí no hablar más de especificidades y excepcionalidades latinoamericanas, porque no reconozco al Río Grande y al Río Bravo como una división entre dos Américas. La historia espacial de las Américas, desde la ocupación europea de los espacios hasta el holocausto amerindio, es la misma en todo el continente. Sobrevivimos a una pandemia cuya letalidad variaba entre el 1 y el 2 por ciento. Imagine lo que fue el genocidio de los pueblos originarios en el siglo XVI, con una letalidad que llegó al 90 por ciento en algunos grupos de las Américas, y el trauma que éste generó. La idea colonial de aprisionar personas en África y traerlas aquí a la fuerza, para reemplazar la mano de obra que murió en las pandemias del siglo XVI, también es similar. Toda esta historia es muy parecida. La ocupación y la explotación territorial son muy parecidas, desde Chile hasta Canadá. Así que mi interés es pensar en las Américas, y esta es otra actitud que enfrenta resistencias. Sí, existen muchas especificidades

latinoamericanas y regionales: los países andinos, donde la presencia de las poblaciones originarias aún es fuerte, los países de la Cuenca del Plata, como Paraguay, con la lengua guaraní, el Caribe, con su historia también peculiar. De hecho, las historias son localizadas, pero guardan muchas similitudes que aún no han sido debidamente trabajadas.

En el momento actual, me interesa pensar en conceptos americanos para discutir estas arquitecturas. Los conceptos europeos son fundamentales, pero insuficientes. Y quiero trabajar sobre tales insuficiencias y sobre los conceptos que necesitamos desarrollar para entender nuestra propia arquitectura. En general, veo el debate decolonial en la arquitectura como una oportunidad para barajar las cartas y distribuirlas de nuevo. Las cartas han sido dadas hace trescientos años, pero ahora tenemos la oportunidad de barajarlas. Acabamos de publicar un número de la revista DeArq, de Colombia, que llamamos "Barajar el cánon", un concepto de mi colega Fernando Martínez Nespral, de Buenos Aires, que designa la idea de barajar las cartas y distribuirlas de nuevo, reaccionando al juego de cartas marcadas que hemos estado jugando durante tanto tiempo.

Marcelo Tramontano: De hecho, la actualidad de este debate, como lo ha mencionado hace un momento, se presenta de manera transversal en el mundo, especialmente debido al ascenso de China, un país del Sur, en la actual disputa por varias hegemonías, contra las grandes potencias del Norte: hegemonía tecnológica, científica, cultural, política, etc. El debate llega, por tanto, a todos los campos del conocimiento y, en nuestro caso, al campo de la Arquitectura y Urbanismo. Podemos tener resistencias y reticencias, pero cuestiones como las que ha mencionado deben ser discutidas y enfrentadas, sin duda alguna.

También ha mencionado el modelo moderno de arquitectura, concebido como un medio de dominación que ilustra claramente la espacialización de la noción de colonialidad del poder, a través de modos específicos de concebir el espacio, sistemas constructivos hegemónicos, formas preferenciales y elecciones programáticas. Estos elementos se presentan, desde Adolf Loos, como una especie de oposición culta y civilizada a las arquitecturas consideradas bárbaras del resto del mundo y de los pueblos del Sur. Sin embargo, al universalizarse e imponerse a escala planetaria, este modelo también fue asimilado, reelaborado y adoptado por diferentes pueblos como expresiones de su propia cultura. ¿Usted cómo ve este fenómeno?

Fernando Lara: Veo esto de dos maneras. Una de ellas es muy positiva. El aspecto hermoso de la obra de Oscar Niemeyer es lo que él logró incorporar de Brasil, o de Río de Janeiro, en su arquitectura. Paulo Mendes da Rocha y Vilanova Artigas hicieron lo mismo en São Paulo. Todos realizaron una interpretación del lugar donde se encontraban y produjeron una arquitectura absolutamente exuberante, maravillosa e innovadora, en algunos casos genial. La sede del Partido Comunista Francés, diseñada por Niemeyer en París, es genial. La Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidade de São Paulo (USP), de Artigas, y los edificios de Paulo Mendes da Rocha, especialmente el Club Paulistano, tienen una arquitectura absolutamente genial. Pero junto con esa brasileñidad que leyeron, hay otra brasileñidad que también se encuentra en el corazón de esa arquitectura. Se trata del hecho de que fue producida con encofrados de concreto hechos de madera proveniente de la deforestación, el hecho de que la armadura metálica y el cemento fueron llevados en los hombros de hombres mulatos que nunca tuvieron la oportunidad de disfrutar de esa modernidad, o muy poco. Otra gran invención brasileña, el Sistema Unificado de Salud, que proporciona acceso universal y gratuito a todos aquellos que viven en Brasil, creado apenas algunas décadas después de ese período, entre los años 1940 y los años 1970, cuando se produjeron estas grandes construcciones. Imagine la cantidad de obreros inválidos, muertos o sufriendo el resto de sus vidas porque no tenían acceso a un sistema de salud, a tratamiento médico y hospitales. No hubo un cuidado con esta parte importante que formaba y forma parte del proceso de construcción. Muchos obreros murieron o perdieron miembros del cuerpo, en un proceso vinculado a la cuestión ecológica, relacionada con la deforestación y, en general, con la explotación de los recursos naturales y humanos.

En la Bienal de Arquitectura de São Paulo de 2019, presenté en el Centro Cultural São Paulo un proyecto que desarrollé con mis alumnos (Fig. 2). Estaba muy impactado por el desastre de Mariana y, en el mes de la Bienal, ocurrió el desastre de Brumadinho, que cobró muchas más vidas. Lo que presentamos era parte del trabajo de taller que habíamos desarrollado en la Universidad de Texas en Austin, donde yo era profesor en ese momento. Le solicité a los estudiantes que construyeran el modelo digital 3D de varios edificios paradigmáticos de la Arquitectura brasileña y cuantificaran los elementos químicos y minerales contenidos en cada uno. Calcularon la cantidad de hierro, aluminio, calcio y otros elementos. Luego, realizamos el trabajo inverso, calculando el tamaño del

agujero provocado en el entorno natural por esas obras. Cada uno de los edificios generó un agujero: en la mina de hierro, en la mina de aluminio, en la deforestación, en la mina de caliza. Finalmente, superpusimos el tamaño de los agujeros a la dimensión del desastre de Mariana, para hacer una comparación. Lamentablemente, la arquitectura es así. Cualquier pequeña reforma doméstica genera un impacto ecológico y un impacto socioeconómico. Genera plusvalía, genera valorización o desvalorización de áreas.



Enfrentar este problema forma parte de la responsabilidad de la arquitectura.

Fig. 2: Panel presentado en la XII Bienal de Arquitectura de São Paulo. Fuente: F. Lara, 2019.

Aquí en Estados Unidos, hay un movimiento muy fuerte para actuar sobre la cuestión laboral de los arquitectos. Parte del entendimiento de que el arquitecto no es un artista creador cuya genialidad es reconocida por los mecenas. El arquitecto es un empleado que necesita tener un sindicato, límites en las horas laborales semanales, salario mínimo, lo cual no es la norma en Estados Unidos. Las escuelas venden muy bien a los estudiantes la ilusión de que todos serán grandes arquitectos famosos y, algún día, tendrán una gran oficina, fundamentada en la explotación de otros jóvenes que vendrán después. Este debate está siendo muy central aquí. Creo que, en Brasil, se entiende un poco mejor la estructura socioeconómica en la que se inserta la arquitectura. Los arquitectos, especialmente aquellos formados en buenas escuelas públicas, comprenden cómo es la inserción económica de la arquitectura y lo que significa para la profesión.

Estas son cuestiones contemporáneas que nos llevan a reevaluar las arquitecturas modernas. El racismo de Lúcio Costa y Le Corbusier, como lo demostró el libro de Fabiola López-Durán, y las numerosas historias de acoso atribuidas a Oscar Niemeyer, por ejemplo. ¿Cómo poner esto en la balanza? ¿Es necesario separarlas de su obra? ¿O no? ¿Es posible seguir viendo de la misma manera la obra de Woody Allen, cineasta estadounidense, después de conocer su relación con su hija adoptada? Yo creo que no. Mi colega Christopher Long escribió un libro sobre la demanda por violación que fue interpuesta contra Adolf Loos, basándose en testimonios del propio arquitecto y de la joven que lo acusó. No es posible ver su obra de la misma manera después de leer el libro. No se puede separar la obra de su creador. Es más, esto también sucede porque el campo de la arquitectura hace hincapié en no separarlos. Al mirar un edificio, decimos "esto es un Niemeyer" y no "este es un edificio diseñado por Niemeyer, detallado por su equipo, presupuestado por el equipo de una constructora, construido por trescientas personas y pagado por alguien". No tenemos los créditos completos al final de la película; simplemente, unimos la obra con su creador. Y cuando se derriba al creador, ¿qué hacemos con la obra? Creo que esta es una pregunta central que debe ser discutida como consecuencia del movimiento decolonial y de las luchas identitarias. Debemos buscar otras formas de evaluar y discutir la arquitectura, porque, nuevamente, estas formas del siglo XX son insuficientes.

Marcelo Tramontano: Esa arquitectura, que problematiza tan acertadamente, corresponde al modelo presentado a los estudiantes que ingresan al primer año de las carreras de arquitectura en Brasil, América Latina y tal vez en todo el mundo,

como el modelo ideal, como la arquitectura que se debe tomar como parámetro de calidad y, de cierta manera, procurar alcanzar. En Brasil, muchos alumnos ingresan a la universidad a través de cuotas raciales, sociales y destinadas a pueblos originarios, como ya lo sabe. A menudo, pertenecen a comunidades periféricas donde predominan descendientes de grupos y pueblos que fueron más subalternizados en el proceso de colonización, y que sufrieron y aún sufren los efectos de la perpetuación de la colonialidad. Esto significa que el carácter hegemónico de este modelo de arquitectura y su presentación a los estudiantes como paradigma conduciría a una eliminación de las referencias que cada uno lleva consigo. ¿Cómo podríamos fomentar nuevas interpretaciones del proceso de enseñanza y aprendizaje de arquitectura desde una perspectiva decolonial?

Fernando Lara: En mis escritos de los últimos tres años, me he sumergido en un proceso que llamo abstracción espacial. ¿Por qué me he dedicado a estudiar este proceso? Porque fue sistematizado en el siglo XVI, al mismo tiempo que los europeos consolidaban su dominio sobre las Américas. Una vez más, siguiendo la estrella guía —por usar una metáfora cristiana— de Arturo Escobar, Aníbal Quijano y Enrique Dussel, no hay separación entre el proceso de colonización de los territorios americanos y el proceso de sistematización de las herramientas de arquitectura, que es un proceso de abstracción y distanciamiento. En la época de Leon Battista Alberti o Filippo Brunelleschi, se estaban pensando herramientas de dibujo basadas en todo el conocimiento de la época — conocimiento islámico, de la antigüedad italiana— y se crearon herramientas para acelerar o mejorar el pensamiento arquitectónico. Los arquitectos de la época estaban permanentemente en el cantero de obra. El distanciamiento entre los arquitectos y la obra comienza en Florencia, en el siglo XV, pero se sistematiza en el siglo XVI, con los grandes tratados que comienzan con Sebastiano Serlio, pasan por Andrea Palladio y llegan hasta Giacomo Vignola. Se trata de un proceso de distanciamiento que separa al arquitecto de lo que se está construyendo, y corresponde a lo que René Descartes sistematizó en 1605: la separación entre la mente y el espacio, entre la mente y el resto. Imponemos este proceso de abstracción a los estudiantes de arquitectura desde entonces. Desde el siglo XVII, la imposición de este proceso genera precisamente lo que usted acaba de señalar. Esto me sucedió a mí. En mi familia no había arquitectos. No vengo de una familia que tuviera este capital social de la élite, tanto que, después de graduarme, no tuve clientes que me permitieran realizar las obras que, cuando estudiaba, imaginaba que debería hacer.

Tal proceso de distanciamiento se impone a los estudiantes desde el primer año de la carrera. Se les dice algo más o menos así: "olviden su experiencia espacial previa, olviden dónde vivieron sus primeros 18 años de vida y toda su experiencia espacial. Les enseñaremos desde cero lo que es una pared, lo que es una ventana, lo que es un lugar para dormir, lo que es un lugar para comer". Este es un proceso clásico de modernización, de colonización de las mentes de los estudiantes con la premisa de llevarlos a la modernidad. Cómo romper con esto es la clave. ¿Cómo rescatar conocimientos que llamo relacionales, no abstractos? Afectos, historias... ¿Cómo traer de vuelta a la mesa de dibujo o a la computadora la historia de los lugares, de quienes vivieron y viven en ellos? ¿Cómo entender esos espacios? Porque el entrenamiento moderno es un proceso de distanciamiento de esos afectos, historias y relaciones para poder manipularlos, trabajando a merced de quienes nos pagan. Esto está muy claro para mí, aunque no sé cómo rescatar esos conocimientos. Estoy tratando de descubrir formas en pensadores que habitan ciudades que han sobrevivido a la modernización, ya sea de matriz africana, indígena, árabe o asiática. En estas referencias existen conocimientos que no estamos sabiendo incorporar al proyecto de arquitectura, y creo que estos conocimientos son clave para superar la crisis que estamos viviendo, en la cual el diseño ya no funciona. No funciona para la crisis social ni para la crisis climática. Debemos buscar otras herramientas y marcos teóricos para poder avanzar en esta cuestión.

Pienso que la obra de arquitectos modernos que tuvieron sensibilidad para estos otros conocimientos es mucho más interesante. Estoy pensando en Lina Bo Bardi, que tenía una gran sensibilidad para las cuestiones del cantero de obra y que, deliberadamente, negaba el distanciamiento. Lina no dibujaba, o lo hacía muy poco, pero permanecía en el cantero. También pienso en Lelé —el arquitecto João Filgueiras Lima—, que comprendió que la arquitectura la hacen los cientos de obreros que están en el cantero y comenzó a dibujar pensando en el proceso, en lo que dos hombres pueden cargar en términos de componentes prefabricados, por ejemplo. Creo que los arquitectos que entendieron estas cosas fueron más exitosos y su obra me parece más interesante.

Marcelo Tramontano: Al escucharle hablar, recordé que Lina también tuvo una contribución importante en el ámbito cultural, no solo en el pensamiento arquitectónico y constructivo. Recordé la exposición Nordeste que ella organizó en el Solar do

Unhão, en Salvador, inaugurando el Museo de Arte Popular, donde denunciaba los siglos de subalternización y borrado que sufrió la población afrodescendiente de la región, y rescataba su producción artística. Lina, Lelé, Eládio Dieste, Severiano Porto son modernos radicales cuya obra y pensamiento deben ser discutidos de manera permanente con los estudiantes de arquitectura.

En su interlocución con diversas escuelas y colegas en América Latina, ¿qué lugar cree que se le está dando al pensamiento decolonial en la enseñanza de arquitectura y urbanismo? ¿De qué manera y en qué medida este debate se ha llevado a cabo, o no, en las escuelas de la región? ¿Tiene conocimiento de experiencias exitosas, de lugares donde estas ideas han florecido?

Fernando Lara: Argentina ocupa una centralidad importante en este debate desde, Marina Waisman, en Córdoba, en las décadas de 1980 y 1990, y ahora con Fernando Martínez Nespral. Argentina alberga un centro de discusión. Estoy pensando en la exposición que Andrea Giunta y Agustín Pérez Rubio llevaron a cabo en el MALBA, el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires, que es el museo de arte moderno más importante de América Latina. Los dos curadores reorganizaron la colección del MALBA según criterios latinoamericanos, en una exposición llamada Verboamérica, que duró un año y medio. Aunque el MALBA volvió a exhibir las obras según criterios europeos, durante un año y medio estuvieron expuestas según criterios latinoamericanos. Artistas que nunca habían estado lado a lado, estaban en la misma sala: obras de León Ferrari y de Di Cavalcanti, por ejemplo, colocadas juntas para discutir la religiosidad. En México, son pocas las personas que están trabajando en estas cuestiones. Chile también tiene un historial de un pensamiento arquitectónico muy fuerte y diverso. La Pontificia Universidad Católica de Chile, con una enseñanza más enfocada en la forma y la tectónica, la Universidad de Chile, con un pensamiento más socialista, similar a la enseñanza en las universidades públicas brasileñas, y la Universidad Católica de Valparaíso, una escuela bastante cerrada en sí misma, con varias experiencias fantásticas pero muy aislada.

Desde Chile, sale una experiencia de la cual soy absolutamente admirador, y sigo acompañando y viendo resultados sorprendentes: la Escuela de Talca. Juan Román, que es el director de la escuela, la fundó hace unos quince años. Es una escuela pública pequeña, en una ciudad agrícola igualmente pequeña y pobre, con viñedos y una tradición de extracción de madera para la industria del mueble. Juan vino de la escuela de Valparaíso, trayendo la metodología de Valparaíso y sus diversas innovaciones interesantes a Talca, para crear la Escuela de Talca. Los primeros dos años de la carrera son bastante tradicionales, con cursos básicos de dibujo, construcción, historia de la arquitectura, sistemas, urbanismo, entre otros. A partir del tercer año, el estudiante comienza a cursar materias paralelas, pero en el taller, pasa a formar parte de un equipo. Este equipo está liderado por un estudiante de quinto año que se está graduando y reúne a estudiantes de tercer, cuarto y quinto año.

La gran novedad de la Escuela de Talca es que el estudiante de quinto año debe construir su proyecto de grado y, si no lo construye, no recibe el diploma. En consecuencia, por supuesto, no diseñan centros culturales ni otros grandes edificios, sino una cubierta frente al hospital de la ciudad para proteger a las personas que están en la fila, un mirador en la cima de una colina donde la gente suele caminar, una plataforma accesible para sillas de ruedas en el mercado de frutas, etc. Los proyectos son pequeños, pero son hermosos y están muy bien ejecutados. Además, priorizan el trabajo en equipo desde el tercer año de la carrera. El estudiante que entra en el tercer año es el pasante que hará los dibujos base, buscará descubrir el precio de algo, ayudará a presupuestar y cargar los materiales en el sitio de construcción. Con el tiempo, va ascendiendo en el equipo, que se recompone continuamente, y cuando llega al quinto año, estará en condiciones de liderar un equipo de cinco estudiantes que lo ayudarán a construir su proyecto. Encuentro esta metodología sensacional y los proyectos son hermosos.

Algo que a veces me molesta en el Sur Global es que los proyectos de extensión universitaria, desarrollados para áreas pobres, son pobres, en sí mismos. Hacen uso de llantas para construir muros de contención o para recalificar una pequeña plaza. Los materiales son, generalmente, muy básicos, la idea misma de composición y disposición de los materiales es muy primaria, y los proyectos son los más económicos posibles. La Escuela de Talca logra revertirlo. Los proyectos están profundamente insertados en la comunidad, y es de allí que viene una parte del éxito de la escuela. La alcaldía dona los materiales, el dueño del aserradero cede un poco de madera, el propietario de la tienda de materiales de construcción dona las piedras, y de esa forma van llevando a cabo los proyectos

que constituyen pequeñas *follies*, para usar una idea de Bernard Tschumi. La ciudad está marcada con esas pequeñas *follies*, pequeñas arquitecturas.

Una diferencia importante respecto a la Escuela de Valparaíso es que los trabajos permanecen en la ciudad, porque, en Valparaíso, los trabajos son abandonados. Valparaíso no cree en el objeto arquitectónico, pongámoslo de esta manera, mas sí cree en el acto de construir. Ellos allá canibalizan los propios objetos arquitectónicos. Cada año, los alumnos van a Ritoque —el área destinada a la experimentación constructiva de la Escuela— y retiran materiales. Ritoque está llena de ruinas. Y Ritoque no es habitada, pareciéndose a un parque de diversiones de arquitectos. Talca tiene la ventaja de ser una ciudad de bajísima densidad, es una ciudad rural y pequeña, donde los trabajos están incorporados en la vida cotidiana de las personas. Con todo, este proyecto es muy reciente y no sé cómo estarán dentro de diez años. No sé cómo estará la escuela cuando Juan Román se pensione, una vez que su liderazgo es muy importante. Son varias las interrogantes respecto al futuro, pero, hoy día, me parece ser la escuela más interesante de las Américas.

Marcelo Tramontano: Fernando, para finalizar nuestra conversación, queremos hacerle una pregunta que le hacemos a todos los entrevistados de la VIRUS. Con base en todo lo que discutimos aquí, ¿Le parece promisorio el futuro?

Fernando Lara: Creo que se puede ver el vaso medio lleno y medio vacío, en una proporción de 50/50. Esta es mi respuesta a su pregunta. Por el lado del vaso medio vacío, es fácil explicar. Estamos viviendo un momento de resurgimiento de la extrema derecha, de censura y vaciamiento de las cuestiones de la universidad. Aquí, en Estados Unidos, la cuestión de la censura es muy fuerte, Brasil pasó por cuatro años de Bolsonaro, Argentina tendrá años de Milei, Estados Unidos pasó por cuatro años de Trump y la posibilidad de que él vuelva es inmensa. Creo que nos tocó vivir en una época reaccionaria. En este sentido, el vaso está medio vacío. Yo no percibo que la arquitectura esté preparada para ser propositiva, para liderar los debates necesarios. Percibo que la arquitectura está muy atrasada en todas esas cuestiones. En el lado del vaso medio lleno, observo la expansión de la idea de arquitectura más allá de la élite. Una profesión y un campo disciplinario, que siempre han sido muy elitistas, finalmente están debatiendo su propio elitismo. Algunas naciones y sociedades están trabajando contra este elitismo, incorporando a una comunidad más diversa en la arquitectura, aunque en otros lugares esto aún sea difícil. En el caso europeo o en el caso de las universidades de élite estadounidenses, al menos hemos estado discutiendo y denunciando esta cuestión. En este sentido, veo el vaso medio lleno.

También percibo que se avecina otra revolución digital que sacudirá las bases de la arquitectura, que es la cuestión de la Inteligencia Artificial produciendo imágenes. A través de la Inteligencia Artificial, ya se están generando imágenes muy poderosas. Dar el salto para producir proyectos enteros es un paso muy pequeño. Creo que estos avances obligarán a la disciplina de la arquitectura a replantearse a sí misma. ¿Cuál será nuestra contribución en este nuevo escenario? Dibujar proyectos que cumplan con los códigos de construcción será, en diez años, una tarea realizada por Chat GPT y no por alguien con un título de arquitecto. Para estos casos, ¿qué contribución vamos a proponer? Hay una pequeña esperanza de que la arquitectura vuelva a ser propositiva, porque tenemos este poder y esta responsabilidad. Podemos, mejor que varias otras disciplinas, diseñar el futuro. El cine puede presentar una idea del futuro, pero nosotros traducimos la idea de futuro en proyectos realizables. Anclamos imágenes del futuro a problemas reales. Tengo la esperanza de que la disciplina de la Arquitectura comience realmente a diseñar ciudades sin automóviles, ciudades inclusivas que logren reducir las emisiones de carbono, que puedan abarcar diversas formas de habitar, distintas al proyecto moderno, que derriba áreas autoconstruidas para implantar conjuntos habitacionales que pretendan enseñarle a las personas cómo vivir.

Espero que las herramientas digitales sirvan para empoderar a las personas en general y que puedan acceder a mejores espacios de vida. Pero también existe una gran posibilidad de que el uso de estas herramientas promueva más elitismo y gentrificación. No veo ninguna ventaja en ninguno de los lados y me encuentro bastante pesimista. Al igual que todas las elecciones en el mundo en los últimos años, que se resuelven con un 51% para un lado y un 49% para el otro, creo que, en este caso, el capital y las grandes empresas tecnológicas tienen el 51% y los movimientos sociales empoderadores tienen el 49%. Cómo cambiar las reglas de este juego constituye una cuestión fundamental que necesitamos afrontar.